

tión, tanto por el concepto como por el modo superficial de tratarla, la parte más fallida de la ponencia.

Por el contrario, el apartado que dedica T. Rodríguez Estrella a soluciones al margen del PHN, hoy más alejado que en el momento del Simposio, aporta ideas interesantes y muy coherentes. Tal es el caso de utilizar la mezcla de las aguas superficiales y de los embalses con las subterráneas; el realizar trasvases intercuenca desde el sector oeste donde son más abundantes al del este que carece de agua; la optimización de sus recursos como se ha hecho en la Cuenca de Mula; el aprovechamiento de las aguas de crecida desviándolas convenientemente para recargar los acuíferos; y la desalación de aguas salobres y salinas en los acuíferos costeros en lo que, como se ha señalado, ya existe una tradición en la región. Es un broche de cierre de una ponencia que de consuno con el planteamiento de la primera parte la hace interesante, pese a la escasa de la desertificación.

La ponencia del geógrafo francés R. Courtot pone en evidencia los logros alcanzados en el Sureste español, porque en el Sahara argelino y tunecino al Sur del Atlas sí es una agricultura especulativa, que ha roto el equilibrio en los oasis de los Zidan en torno a Briska al emplear acuíferos profundos y fósiles (300-500 y 1.000-2.500 m) y con mala calidad (temperatura en superficie de 60-70° y elevado contenido de sales minerales). La explotación agraria comenzó a partir de 1970-80 con la decisión del gobierno de conceder tierras a los agricultores nativos y foráneos, atraídos por una mano de obra barata. Se ha llegado a alcanzar una superficie de 12.000 ha en cultivos de invernadero para hortalizas y en frutos al aire libre, tanto en la estación hiemal como estival, aparte de dar más extensión a los palmerales. La expansión de los cultivos ha ido acompañada de un gran crecimiento de población y de un proceso de urbanización (entre 1977 y 1987 Ghrouss ha pasado de 4.200 a 12.000 habitantes y Briska de 87.000 a 200.000), aumentando así de modo considerable la demanda de agua (500 l/día/persona).

Tal aumento de cultivo y de habitantes exigió la multiplicación de pozos en los acuíferos superficiales (hasta 70 m de profundidad), que pronto quedaron agotados. Al recurrir a los profundos, especialmente para abastecimientos, es cuando el deterioro, con un deficiente saneamiento, se ha dejado sentir. Las aguas de los residuos urbanos y también las de los excedentes de un riego generoso han recargado los acuíferos superficiales agotados a un nivel muy próximo al suelo y con una elevada contaminación. La consecuencia es que, a

tal nivel y con tan mala calidad, los palmerales plantados en los *ghouts* (hondonadas interdunares) mueren por inundación en sus raíces. Una riqueza, tanto por sus frutos como por la atracción turística, va desapareciendo. La agricultura de hortalizas y frutos también tiene un futuro incierto, porque los acuíferos fósiles en el clima del desierto no son recargables a escala humana. El deterioro aquí sí es grave.

En conclusión estas ocho ponencias nos muestran el interés de este libro que he querido comentar. No sólo es una buena puesta al día sobre un aspecto de este alongado territorio del Sureste, sino que echa por tierra muchos tópicos que hay sobre este tipo nuevo de explotación agraria y, sobre todo, pone de manifiesto la necesidad de disponer de recursos foráneos de aguas superficiales. Hay que felicitar por ello a los organizadores y ponentes, así como a la entidad que lo ha publicado. Como parergon propio quiero añadir que el principal problema (la escasez de agua) dada la importancia que esta agricultura de vanguardia desempeña en la economía debe y puede tener solución. No es un problema técnico, ni económico, sino de esa solidaridad de la que tanto de habla como poco se práctica.— JESÚS GARCÍA FERNÁNDEZ

*En el origen de las monografías regionales españolas: dos publicaciones recientes**

La feliz y azarosa coincidencia de dos publicaciones relativamente recientes, leídas a la luz de uno de esos fugaces y certeros comentarios que la inteligencia y generosidad de Francisco Quirós Linares van sembrando como al paso, permite reflexionar (e incluso apuntar algunas hipótesis deshilvanadas a partir de referencias fragmentarias) acerca de la genealogía del arribo a la Geografía española, a comienzos del siglo XX, del género de las monografías regionales. Se trata de dos ediciones sumamente diferentes, tanto en su alcance como en su procedencia: un número monográfico de una prestigiosa revista sociológica francesa, por un lado, y una humilde edición local española de un

* *Les Études Sociales*, nº 139-140, 2004, 211 págs., número monográfico «Les pays et leurs enjeux» coordinado por Marie-Vic OZOUF-MARIGNIER, Groupe de Géographie Sociale et d'Études Urbaines de la École des Hautes Études en Sciences Sociales. ORTIZ DÍAZ, D. L.: *El Valle de Iguña*. Cantabria Tradicional, Torrelavega, 2004, 261 págs.

trabajo de Geografía dirigido por un etnógrafo, por otro. Pero vayamos ya con ellas.

La primera no es sino, como se advertía, un número monográfico que, bajo el encabezado general de «*Les pays et leurs enjeux*», ha entregado a la luz, y al debate público, *Les Études Sociales*, heredera de aquella corriente sociológica del entresiglos que hundía sus raíces en el proteico suelo de la *science sociale* de Le Play y sus herederos¹. La publicación incluye un conjunto de trabajos de diverso calado acerca de esa muy actual problemática geográfica y política, fundamental y aplicada que es la de «lo local», desde dos estudios sobre el punto de inserción del *pays* o de la *petite patrie* en las estrategias pedagógicas republicanas de la primera mitad del siglo XX (con una excelente aproximación de A. Savoye a la figura del geógrafo Lucien Gachon, además del trabajo de H. Terral sobre Antonin Perbosc) hasta un corto pero tenso análisis de la espacialidad y de la construcción social de la percepción del paisaje en ese mundo encantado que, jalonado por Combray y Balbec, supo darnos Proust en *À la recherche du temps perdu* (J. Leenhardt), pasando por tres colaboraciones acerca de las implicaciones de lo local en materia de construcción y ordenación del territorio, sea a través de las denominaciones de origen de productos agrarios (C. Delfosse), de la comarca como figura de ordenación en la legislación francesa de los años noventa (A. Bleton-Ruget) o, a propósito del parque regional del Verdon, de las dialécticas entre viejas comarcas y «nuevos territorios» (M. Leborgne).

Pero no, no es todo ello lo que aquí nos interesa en mayor medida. Lo que ahora debe retener nuestra atención es más bien la intervención de la coordinadora de la entrega que, bajo el título de «*Le pays des leplaysiens: réalité sociale ou catégorie d'analyse?*», reconstruye con minucia erudita y agudeza analítica el contexto científico del surgimiento finisecular de un interés súbito por el análisis espacial a macroescala de las pequeñas unidades comarcales, de la génesis de aquel «aire del tiempo» que, trascendiendo a varias disciplinas científicas, hubo de estar en la base de las muy abundantes monografías regionales de *pays* que, en la estela vidaliana, ocuparon páginas y páginas de los *Annales de Géographie* fundados en 1891, o de las no mucho menos numerosas monografías históricas de comarca

que, bajo el impulso de Beer, se dieron a conocer desde 1903 en los pliegos de la *Revue de Synthèse Historique*. El mismo «aire» (y esto es lo relevante aquí) que, tomando pie en no pocas indicaciones del propio Le Play y su ambientalismo templado (SIERRA, págs. 36-37; GARRIGÓS), hubo de llevar a sus discípulos y seguidores a intentar colmar, a través de la propuesta de acercamientos monográficos a las escalas intermedias, la distancia entre las canónicas monografías obreras familiares y la no menos canónica, aunque frustrada, monografía de nación que Le Play había ensayado en 1875 con su *La constitution de l'Angleterre*. Es verdad que aquí se aborda el estudio de ese proceso tan sólo en la escuela leplayana disidente, la que habría de dar lugar a *La Science Sociale* en 1886 y, en última instancia, y por lo que aquí específicamente nos interesa, al cuestionario de 1906 de Demolins, significativamente titulado «*Enquête sociale sur la circonscription régionale élémentaire "Le pays"*», y que habría de verse acompañado de un llamamiento a la realización de monografías comarcales. Con todo, no es menos cierto que ese giro geografizante de los estudios sociales, explícitamente inadmisibles en la sociología durkheimiana (¡y paradójicamente tan característico de algunas corrientes sociológicas actuales!), hubo de afectar igualmente, y coetáneamente, a la rama leplayana ortodoxa, desde la que Cheysson no dejó de hacer propuestas de avance que, partiendo de la monografía de familia, fueron caminando hacia la de fábrica desde 1887, la de centro obrero desde 1889 y, finalmente, la de municipio desde 1896 (SIERRA, pág. 32). Una doble y paralela evolución que, algunos años más tarde, un geógrafo como Brunhes, precisamente nada ajeno a la tradición leplayana, habría de saludar como precedente de las verdaderas monografías regionales geográficas al escribir que «resulta superfluo recordar aquí el valor general del método monográfico» impulsado por Le Play y sus discípulos (BRUNHES; 1912, págs. 551 y 554), a quienes el propio Brunhes, en unión ahora de Vallaux, denominaba «esta falange de verdaderos iniciadores y de buenos observadores» geográficos (BRUNHES; 1928, pág. 45).

Vale la pena detenerse un instante para intentar considerar con mirada geográfica de la época el contenido de la propuesta de monografía social comarcal de Demolins, acertadamente reproducida como anejo de la entrega que aquí se comenta, y base indudable de los estudios de caso que fueron elaborándose hasta la Gran Guerra (dos de los cuales, sobre las comarcas del Limousin y de la Lorena, son magníficamente despiezados en sendos trabajos de S. Sagnes y A. Sevin). Y an-

¹ *Les Études Sociales*, n° 139-140, 2004, 211 págs., coordinado por Marie-Vic Ozouf-Marignier, del Groupe de Géographie Sociale et d'Études Urbaines de la École des Hautes Études en Sciences Sociales.

tes de nada, sobre la propia definición de comarca o *pays*: «La agrupación territorial más elemental», la «pequeña circunscripción regional que presenta caracteres comunes y condiciones de vida uniformes, determinadas por la naturaleza del Lugar y del Trabajo», y cuya base es predominantemente natural («es únicamente la naturaleza la que señala sus límites»). Si tal es el marco del análisis que se propone, veamos en qué términos se define el objeto científico de la monografía de comarca:

«El medio [*milieu*] crea el tipo social. Los dos elementos fundamentales del medio son el Lugar y el Trabajo, por cuanto ejercen una influencia preferente sobre todos los demás fenómenos sociales. Esta influencia es lo que se trata de determinar»².

Y con ese objeto, se entiende mejor la lógica del protocolo del cuestionario. Se inicia éste, claro, con la identificación precisa del ámbito espacial de estudio, no sólo en términos de extensión y límites, sino también de nominación popular, lo que, por cierto, resulta analíticamente crucial, tanto desde la perspectiva de lo que, andando el tiempo, habríamos de llamar la problemática fenomenológica de los *espaces véçues*, como también desde una perspectiva etnográfica. El segundo ítem del cuestionario, el referente al estudio del «Lugar», constituye un auténtico programa de Geografía física, coherente con el axioma ya apuntado de la base principalmente natural de la comarca. Se trataría, pues, de identificar

«las condiciones *características* del relieve y de la naturaleza del suelo, de la distribución de las aguas, del clima y de las producciones vegetales y animales *dominantes*».

El campo siguiente de indagación, el que hace referencia a los «trabajos predominantes, aquellos que atribuyen su característica a la Comarca», debía afrontar, no sólo la descripción de las actividades económicas (agrícolas, ganaderas, forestales, mineras, industriales, logísticas o comerciales), sino también «la *relación* que existe entre estos Trabajos característicos y los elementos del Lugar» (los subrayados, claro, son del original), lo que parece evidenciar un afán holístico que, procedente de Le Play mismo (SIERRA, pág. 36), parece encontrarse en la base de la propia noción vidaliana de *genre de vie*. Entonces, y sólo entonces, el estudioso estaría en condiciones de abordar el análisis del «estado social de la Comarca», es decir, de las formas de pro-

piedad, de las relaciones sociales y políticas, de las estructuras familiares, de los movimientos de la población, de la educación, de la religión y de otras cuestiones por el estilo. El estudio, por lo demás, debía verse acompañado de materiales fotográficos que, en unos años previos a la generalización de las cámaras portátiles, difícilmente podían ser otros que las tarjetas postales ilustradas, acompañadas de sus correspondientes descripciones escritas.

En ese fértil contexto interdisciplinar (que en modo alguno parece haber excluido, sino todo lo contrario, una muy epocal defensa cerrada de los límites entre campos del saber diferentes, en lucha corporativa por su reconocimiento académico [OZOUF-MARIGNIER]), debió de tener la suerte de aterrizar, en 1891 y 1893, un joven naturalista y jurista español de poco más de veinte años, Luis de Hoyos Sainz, merced a una beca financiada por la Diputación de Madrid en el Musée d'Histoire Naturelle, en la École d'Anthropologie y en la de Hautes Études (*HOMENAJE*, I, pág. 18). A su vuelta, tras su doctorado de 1895 con una tesis de antropología física, y con una cátedra de Agricultura en el instituto de bachillerato de Toledo, nuestro hombre hubo de verse inmerso en toda una serie de iniciativas científicas españolas que, procedentes de diversos ámbitos disciplinares, tenían en común su interés por el estudio de lo que, desde los años ochenta, Antonio Machado Álvarez había comenzado a definir como folklore, con una advertible preocupación territorial³. Una preocupación, por lo demás, que también en la España del entresiglos, parece haber constituido un cierto «aire del tiempo». En 1897, por ejemplo, y a iniciativa de Joaquín Costa, la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas convocaba, como es bien sabido, un concurso plurianual acerca del derecho consuetudinario y la «economía popular» españoles, germen de todo un conjunto de memorias de indudable valor etnográfico, pero también geográfico. Un año más tarde, en 1898, el mismo Costa, ahora desde el Ateneo de Madrid, promovía una amplísima encuesta acerca del colectivismo agrario en España. En primera instancia, se trataba, es cierto del Costa economista y

² La mayúscula y cursiva empleada para referirse a los componentes del *milieu* dejan bien a las claras la voluntad expresa de Demolins de remitir inmediatamente su valor semántico específico a la muy concreta y normalizada nomenclatura leplayana.

³ Por lo que aquí nos interesa en mayor medida, conviene destacar que Rafael Torres Campos acogerá con entusiasmo la idea de formar un *Mapa topográfico tradicional español*, lanzada por Machado y Joaquín Costa en el Congreso de Geografía Colonial y Mercantil organizado en 1880 por la Sociedad Geográfica de Madrid. Unos años más tarde, en 1884, y desde la Universidad de Oviedo en este caso, Fermín Canella Secades elaboraba un *Proyecto de interrogatorio o programa del saber popular (Folklore asturiano)*. Véase GUCHOT, 367 y 397.

jurista; pero también, inseparablemente, del Costa geógrafo y (lo que no resulta menos significativo) del Costa que, ya en su primera juventud, con ocasión de la parisina exposición universal de 1867, había entrado en contacto con el pensamiento de Le Play, cuya frecuentación no parece haber abandonado en vida (RIVAS).

Es en ese marco primisecular en el que Hoyos parece haber protagonizado intervenciones decisivas en lo que se refiere a la problemática de conceptualización y delimitación de las regiones y comarcas españolas, otras tantas ocasiones de mostrar y aplicar su bagaje parisino (y, sin duda, también alemán, pero eso es otra historia), tanto en el ámbito doctrinal cuanto en el operativo de los cuestionarios. Así, por ejemplo, cuando en 1917 sea invitado por la Sección de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales del Ateneo de Madrid para, en unión de Telforo de Aranzadi, impartir sendas conferencias acerca de la Etnografía, se referirá a las relaciones entre ésta y la Sociología, citando al respecto a la durkheimiana *L'Année Sociologique*, pero también a Demolins y su *La Science Sociale*, así como a las vinculaciones entre los trabajos etnográficos y la Geografía, demostrando su conocimiento de la escuela vidaliana de monografías regionales (ARANZADI, págs. 171-177). Por lo demás, y por lo que hace a los cuestionarios de regionalización y comarcalización de España, el propio Hoyos se encargó en diversas ocasiones de dejar trazado el rastro de su itinerario, que parece iniciarse, en todo caso, con anterioridad al interés por el asunto de Juan Dantín Cereceda o Eduardo Hernández-Pacheco (ORTEGA; 1997, pág. 20; ORTEGA, 2003), con el que hubo de colaborar en la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria desde su fundación en 1921. El primero al respecto debe de haber sido un ensayo piloto de 1904, contrastado al parecer en La Mancha (HOYOS; 1985, pág. 88). Debe tratarse del mismo que, bajo el título de «Cuestionario de Geología y Meteorología Agrícolas», hubo de hacer circular desde el Consejo Provincial de Agricultura y Ganadería de Toledo, y del que habrá de dar cuenta unos años más tarde, en 1908, en su *Las bases de la Geología agrícola en España y sus actuales métodos*. En él, y por encima del específico propósito de la ocasión, lo que explica la lógica de su protocolo (denominación vulgar de cada comarca, suelos, aguas, vegetación, clima y tecnología agraria), Hoyos se entregará a una fundamentación del «concepto de país como unidad agronómica real y necesaria» o de lo que, en otro pasaje, denominará «país o región natural», anunciando al tiempo lo que, en la propia literalidad de la formulación, parece sugerir todo un programa de trabajo:

«Esta determinación [...] es una obra lenta y analítica, pues sólo reuniendo monografías y comparando y relacionando las de una gran zona ó región, puede llegarse á [...] la posterior limitación y caracterización de cada zona ó país natural» (HOYOS; 1908, págs. 5-7)⁴.

Con posterioridad, y a la altura de 1911, ese cuestionario debió de verse reformado y convertido en «un cuestionario ya concretamente dedicado al estudio de las regiones naturales», y de nuevo retocado en 1915 con el objeto de adaptarlo al estudio de las «regiones o países naturales de España» (ACTAS, págs. 93-94; HOYOS; 1985, pág. 88)⁵.

Lo que ahora nos interesa en mayor medida es que, en sus diferentes variantes, ese cuestionario, o seguramente otro *ad hoc* construido sobre su base, parece haber sido puesto a prueba y utilizado, seguramente desde 1909, para la realización de aquel programa de monografías comarcales en el marco de un específico seminario de la Escuela Superior del Magisterio, en donde Hoyos (miembro, por lo demás, de la Real Sociedad Geográfica) había obtenido una cátedra de Fisiología e Higiene Escolar⁶. Seguramente no era el primero en hacerlo allí, si hemos de dar crédito a su propia mención de que ya Ricardo Beltrán y Rózpide, profesor de Geografía en la misma escuela, había animado a sus alumnos a realizar «algunas monografías de aldea o región» (ARANZADI, pág. 178; RODRÍGUEZ, págs. 93-98). Pero todo parece indicar que será Hoyos quien redefina y sistematice el asunto.

Esa aventura, lo que podríamos denominar como la primera hornada monografista española, parece haberse extendido entre 1909 y 1932, año en el que pasará a hacerse cargo de la cátedra de la Sección de Pedagogía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, lo que significaría 21 promociones (HOYOS; 1985, pág. 88) y «varios cientos de trabajos», cierto que no sólo geográficos (*HOMENAJE*, I, pág. 27). De los que

⁴ Vale la pena hacer notar que, por más que su acepción corológica fuese de uso aceptado en el castellano de la época, el término «país» aparece subrayado por Hoyos, como si quisiese enfatizar su uso no vulgar y, tal vez, alóctono.

⁵ ¿Pudiera tratarse del *Cuestionario de las regiones naturales y agrícolas de la provincia de Toledo*, mencionado (aunque sin fecha) en su bibliografía (*HOMENAJE*, I, pág. 25)?

⁶ Al parecer, en la Escuela Superior del Magisterio se utilizaban tres cuestionarios: el *Cuestionario especial para el estudio geográfico de pequeñas localidades y comarcas*, de Hoyos, otro de Demangeon y, previa adaptación, el que, bajo el título de *Les monographies de village*, C. M. Jourdan había presentado en la sesión XXIV del Congrès National des Sociétés Françaises de Géographie celebrado en Rouen en 1903 (RODRÍGUEZ, pág. 96). Al trabajo de Jourdan se había referido Brunhes al tratar de las monografías de gran escala (BRUNHES; 1912, pág. 144).

expresamente lo son, y que, pasada la Guerra Civil, se conservaban en el Museo del Pueblo Español (otros, al parecer, «desaparecieron del edificio de la Ciudad Universitaria» durante la contienda), la inmensa mayoría incluían en su título el término monografía⁷.

«Monografías»: el término, al igual que el más arriba mencionado de «país», no parece en modo alguno casual. Muchos años más tarde, el propio Hoyos continuaba denominando así a los trabajos desarrollados en aquel entonces por sus propios alumnos: «verdaderas monografías regionales y aun locales, hechas por naturales y residentes en las respectivas comarcas» (HOYOS; 1985, pág. 89)⁸. A la vista de todo lo anterior, ¿no estaremos autorizados a leer ahí, aunque no fuese más que en la pura denominación, el indicio de todo un linaje genealógico, aquel con el que Hoyos debió de toparse en el París finisecular?⁹ ¿Y es que no será otro indicio relevante de lo mismo (y especialmente de su vinculación con el cuestionario de Demolins) su explícita referencia a la importancia en dichas monografías del material gráfico de «acuarelas» y «fotografías demostrativas» realizadas por los autores en el curso de sus encuestas, o prestadas para su reproducción, labor «que ha sido seguida con escrupuloso cuidado en todos los trabajos de nuestro Seminario especial» de la Escuela Superior del Magisterio? (ACTAS, pág. 99)¹⁰.

⁷ Véase el listado completo en *HOMENAJE*, I, págs. 31-32. Un listado más completo, que incluye las monografías que alcanzaron a ver la luz en la *Revista de Geografía Colonial y Mercantil*, en RODRÍGUEZ, págs. 101-104. A la vista de todo ello, no parece que *El Gironès*, iniciada por Miquel Santaló en la Escuela Superior del Magisterio en 1919, y publicada en 1923, pueda ser considerada como «la primera monografía regional realizada en España». A. Hernando. «Geografía y regeneracionismo educativo: Miquel Santaló (1887-1962)». *Eria: Revista Cuatrimestral de Geografía*, n° 53, 2000, pág. 221.

⁸ Referencias anteriores a tales trabajos, en ACTAS, 93-94, a propósito del *Cuestionario y bases para el estudio de los trajes regionales*; y, sobre todo, 60, a propósito de la propuesta de Hernández-Pacheco de sistematizar mediante cuestionario el drenaje de información para el estudio de las «habitaciones rurales».

⁹ Naturalmente, indicio está utilizado aquí en el sentido ginzburgiano del término. Véase C. Ginzburg. «Indicios: Raíces de un paradigma de inferencias indiciales», en C. Ginzburg. *Mitos, emblemas, indicios: Morfología e Historia*. Barcelona: Gedisa, 1989, págs. 138-175.

¹⁰ Indiciariamente, la referencia a las acuarelas no debe ser echada en saco roto. ¿No cabe ver en ella una mención fugaz al gigantesco trabajo que, en la estela de la Institución Libre de Enseñanza, venía realizando Francisco de Alcántara desde la Escuela Madrileña de Cerámica, con sus viajes anuales de estudios (el primero, de 1914) a localidades muy diversas (aunque especialmente de Castilla y León), en los que los alumnos pintaban a la acuarela muy distintos motivos, entre los cuales ocupaban un lugar preponderante los de carácter etnográfico y folclórico, además de recoger material del mismo tipo, incluidas fotografías, con destino al museo de la escuela? ¿Es acaso creíble que, en el Madrid del primer cuarto del siglo XX, Alcántara y Hoyos no estuviesen al tanto de sus respectivas experiencias pedagógicas y etnográficas? Lo cierto es que, con oca-

No todos esos trabajos debieron ser depositados en el Museo del Pueblo Español, ni destruidos durante la Guerra Civil. En la sesión de 18 de mayo de 1921 de la entonces recién creada Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, de la que el propio Hoyos era secretario, éste mencionaba, entre otros, uno llevado a cabo por el inspector de primera enseñanza Daniel Luis Ortiz, referente al valle de Iguña, en la provincia de Santander (ACTAS, pág. 96). Y es precisamente el original de ese trabajo, titulado *El Valle de Iguña: Monografías: Memoria redactada y presentada por el alumno del Tercer curso de la Sección de Letras de la Escuela Superior del Magisterio Daniel Luis Ortiz Díaz: Madrid, 15-v-1920*, el que, guardado por Hoyos, con otros, en su domicilio, y conservado desde su muerte en 1951 por su hija Nieves de Hoyos Sancho, hubo de ser entregado por ésta, muy poco antes de su propia muerte, a Gustavo Cotera, y dado finalmente a la luz, más de ochenta años después de su redacción original¹¹. En tanto que otras no sean publicadas, habremos de valernos de esta monografía, cierto que con todas las cautelas necesarias, para inducir el método de trabajo predicado por Hoyos en su seminario.

Lo primero que sorprende al lector es la voluntad expresamente geográfica (y no etnográfica) de la investigación, encargada en la clase de Geografía y sin otra referencia bibliográfica general que la geográfica, plausiblemente comentada por Hoyos para sus alumnos. Se trata, es verdad, de referencias muy magras; pero no lo es menos que casi todas se corresponden con trabajos y gentes que nos son ya conocidos: entre los españoles, el mismo Beltrán y Rózpide a quien Hoyos habría de reconocer más tarde, como más arriba se apuntaba, una cierta condición de precedente en la materia; y, entre los franceses, *La Géographie humaine* de Brunhes, utilizada en su segunda edición de 1912, y *Les monographies de village*, de Jourdan.

sión de la Exposición del Traje Regional e Histórico, dirigida por Hoyos en 1925, Alcántara hubo de escribir varias reseñas del evento. Véanse *Acuarelistas madrileños de La Moncloa, 1914-1936*. Madrid: Institución Libre de Enseñanza-Escuela Madrileña de Cerámica de La Moncloa, 1986; y M. Becerril Roca [coord.] *Una escuela durable en la memoria*. Madrid: Museo Municipal de Madrid, 1991, especialmente B. Torres. «1911 Madrid: La Escuela de Cerámica» (págs. 29-42). Por lo demás, el muy reciente descubrimiento de lo que parece ser una parte del archivo de la Escuela de Cerámica (información de Isabel Tuda Rodríguez) podría seguramente arrojar cierta luz sobre el asunto.

¹¹ D. L. Ortiz Díaz. *El Valle de Iguña*. Torrelavega: Cantabria Tradicional, 2004. La edición incluye una «Breve historia de un hallazgo», de Gustavo Cotera, y «Una corta reseña biográfica» del autor, a cargo de Ramón Villegas López, por la que sabemos que Ortiz hubo de exiliarse con ocasión de la Guerra Civil.

Por lo demás, la estructura del trabajo de Ortiz resulta sumamente reveladora del conocimiento que Hoyos tenía de la tradición francesa finisecular, tanto geográfica cuanto sociológica-leplayana, a través de Demolins: «Origen del nombre de Iguña», «Geografía física» (que incluye, entre otros asuntos, límites, forma, extensión, orografía, geología y minas, hidrografía y clima), «La flora y la fauna», «Geografía política» (con un muy fino trabajo de campo en materia de amojonamiento), todo un conjunto de descripciones pormenorizadas de cada uno de los 23 núcleos de población incluidos en los tres municipios del valle (cuya apariencia es la del mero y ameno relato de un caminante, pero que, en el fondo, aparece sometido a una cierta ordenación sistematizada: accesos, aspecto general, arroyos, barrios, arquitectura, edificios públicos, población, economía local, salubridad y «carácter» de los habitantes), «La arquitectura tradicional» y «Geografía económica», para rematar con los capítulos más declaradamente etnográficos: «Geografía humana» (en lo esencial, «rasgos antropomorfos», en los que Hoyos era un consumado especialista), «Modo de vida y costumbres» (en donde, al lado de vestimenta, costumbres concejiles, fiestas y diversiones, no falta el, por leplayano y vidaliano, revelador epígrafe de «género de vida») y, finalmente, «La tradición oral» (a modo de repertorio de cantares, refranes y dialectología). Aunque las indicaciones metodológicas son inexistentes (lo que, a contrapelo, no hace sino abundar en su condición protocolizada sobre la base de un cuestionario), de la lectura del trabajo se deduce que, sin despreciar las fuentes estadísticas o eruditas disponibles, hubo de apoyarse en lo esencial sobre un muy intenso trabajo de campo en materia de observación minuciosa, entrevista informal (especialmente fructífera por lo que se refiere a la toponimia menor de mieses, hojas y puertos) y, también aquí, fotografías realizadas por el autor (que en la edición se ven acompañadas de otras más o menos de época y de dibujos actuales). Todo de un regusto tan conocido que uno creería estar leyendo alguna de las monografías de *pays* realizadas como respuesta al llamamiento de Demolins de 1906.— JOSÉ SIERRA ÁLVAREZ (Grupo de Geografía Histórica del Paisaje, Universidad de Cantabria)

B I B L I O G R A F Í A

- ACTAS y memorias [de la] Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria (1922): Madrid, Museo Antropológico Nacional, 223 págs.
- ARANZADI, T. de y L. de HOYOS SAINZ (1917): *Sus bases, sus métodos y aplicaciones a España*, Madrid, Biblioteca Corona, 297 págs.
- BRUNHES, J. (1912): *La Géographie humaine*, Paris: Félix Alcan, 802 págs.
- BRUNHES, J. y C. VALLAUX (1928): *Geografía de la Historia*, Madrid, Daniel Jorro, 639 págs.
- GARRIGÓS MONERRIS, J. J. (2003): *Frédéric Le Play: Biografía intelectual, metodología e investigaciones sociológicas*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- GUICHOT Y SIERRA, A. (1999 [1922]): *Noticia histórica sobre el folklore*, Sevilla, Junta de Andalucía, 509 págs.
- HOMENAJE a Don Luis de Hoyos Sainz (1949): Madrid, Gráficas Varela, 358 y 438 págs.
- HOYOS SAINZ, L. de (1908): *Las bases de la Geología agrícola en España y sus actuales métodos*, Madrid, Imp. de Eduardo Arias, 17 págs. (Es tirada aparte de las actas del congreso de Zaragoza de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias).
- HOYOS SAINZ, L. de y N. de HOYOS SAINZ (1985 [1947]): *Manual de folklore: La vida popular tradicional en España*, Madrid: Istmo, 26, XVI y 602 págs.
- ORTEGA CANTERO, N. (1997): «Juan Dantín Cereceda y la Geografía española», *Ería: Revista Cuatrimestral de Geografía*, nº 42, págs. 7-34.
- ORTEGA CANTERO, N. (2003): «El modelo de la Geografía francesa y la modernización de la Geografía española (1875-1936)», *Ería: Revista Cuatrimestral de Geografía*, nº 61, págs. 149-158.
- OZOUF-MARIGNIER, M. V. (2003): «La monographie de "pays": Le conflit entre science leplaysienne et géographie autour d'un monopole (1890-1910)», *Revue d'Histoire des Sciences Humaines*, nº 9, págs. 13-35.
- RIVAS, A. (1999): «Un émule espagnol de Le Play: Joaquín Costa (1846-1911)», *Les Études Sociales*, nº 129, págs. 5-30.
- RODRÍGUEZ ESTEBAN, J. A. (1997): «La Geografía en la Escuela Superior del Magisterio (1909-1932)», *Ería: Revista Cuatrimestral de Geografía*, nº 42, págs. 89-106.
- SIERRA ÁLVAREZ, J. (1991): «Introducción» a F. Le Play, *Campesinos y pescadores del norte de España*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, págs. 36-37.